

América Latina: unidad y dispersión

Por Mario Vargas Llosa

A mediados del siglo XVII, el licenciado Antonio León Pinelo, vallisoletano que había pasado su juventud en Lima, donde estudió con los jesuitas, y que alcanzó más tarde en España una posición intelectual destacada –fue Consejero Real de Castilla y Cronista Mayor de Indias–, escribió un libro titulado *El paraíso en el Nuevo Mundo* en el que demostraba, en dos abultados volúmenes trufados de citas bíblicas y referencias históricas, mitológicas y lingüísticas, que aquel celeste territorio donde comenzó el acontecer humano se encontraba en la Amazonía peruana, y, más precisamente, en las inmediaciones de lo que es ahora la ciudad de Iquitos. El historiador Raúl Porras Barrenechea rescató el voluminoso infolio que dormía el sueño triste de los libros nonatos en la Biblioteca Real de Madrid, y lo publicó en 1943, con un jugoso estudio en el que, con tanta erudición como elegancia, pasa revista a la tenaz predilección de los cronistas e historiadores de Indias por ver en el vasto dominio descubierto por Colón una tierra de maravillas y milagros, en la que se materializaban los fantásticos reinos y ciudades de la mitología greco-romana y medieval y los personajes y riquezas más extravagantes.

“Lo ficticio, el amor de las cosas raras y peregrinas predomina sobre el gusto de lo real o común”, dice Porras Barrenechea de esos primeros historiadores de América. “La leyenda es preferida a la historia. Es la tendencia de Montesinos, pretendiendo probar que el Ofir estuvo en el Perú; de Dávalos y Figueroa, coleccionando casos raros y curiosos; de Calancha, relatando milagros y maravillas; de Garcilaso, idealizando el Imperio Incaico; de Morúa, vistiendo de esplendores orientales la corte de los Incas cuzqueños; de Pinelo, trasladando el Paraíso al Amazonas. Pinelo coincide principalmente con Dávalos y Figueroa en el amor de las curiosidades, y con Montesinos en el hebraísmo y la afición a los tesoros y minas. El mismo confiesa su propensión a lo maravilloso, aunque se jacta de cierta cautela verídica: “Que si bien yo busco noticias peregrinas, no sigo las que más lo son sino las que tengo por más propias y verdaderas”. Dudemos, sin embargo, de la sensatez y de la ecuanimidad histórica de quien quiso probarnos

que el Tigris era el Magdalena y que la América del Sur era la vieja Etiopía bíblica!”¹

La tendencia europea a proyectar en América los sueños más delirantes de la ficción, la religión y la mitología, nace con el descubrimiento de un continente en el que, no b olvidemos, Cristóbal Colón se empeñó en ver no lo que tenía frente a sus ojos y bajo sus pies, sino a la India y a la China, al Asia de la seda y las especias que traía en el deseo y la imaginación. El Almirante, por lo demás, dejó sentado en su diario del primer viaje que en la tierra recién descubierta por él “había hombres de un ojo y otros con hocicos de perros que comían a los hombres, y que en tomando uno lo degollaban y le bebían la sangre y le cortaban su natura”². Esta inclinación a idealizar a América proyectando en sus selvas, cordilleras, altiplanos y mares, las fábulas y las leyendas más antiguas y lugares y gentes de la mera ficción, no era privativa de la gente culta, la elite intelectual. La compartía el europeo más humilde y menos educado, esos campesinos y gentes del común que en Portugal y España se enrolaban como soldados y marineros y venían hasta estas orillas del Atlántico imantados por las perspectivas de riquezas fabulosas y aventuras extraordinarias en esas lejanas tierras donde, según las habladurías de la gente de la calle y los tratados de los más respetados dignatarios, lo que en Europa era irreal se tornaba realidad cotidiana y los imposibles del Viejo Continente se volvían posibles.

Irving A. Leonard dejó un sugestivo testimonio de esta sistemática idealización e irrealización de la América española y portuguesa en su célebre investigación sobre *Los libros del conquistador*³. En esas páginas se advierte cómo la conquista y colonización del nuevo mundo fue también una empresa imaginaria, atizada por la literatura, una aventura en la que, a la vez que la codicia y el espíritu misionero de evangelización, guiaba a los conquistadores y exploradores la voluntad de encontrar en el suelo americano aquellas ciudades y lugares fabulosos con que las novelas de caballería y las fantasiosas historias de la

¹ Antonio de León Pinelo, *El Paraíso en el Nuevo Mundo*. Prólogo de Raúl Porras Barrenechea, Lima, 1943. p. IX.

² Véase, *La conquista de América. Antología del pensamiento de Indias*, Edición de Ricardo Céspedes Piqueras, Barcelona, Ediciones Península, 2002. p. 37.

³ Irving A. Leonard, *Los libros del conquistador*, Fondo de Cultura Económica, México, 1959. La primera edición, en inglés, se publicó en 1949.

narrativa popular les habían alborotado la cabeza. La ilusión de encontrar materializada en América la irrealidad literaria y mitológica europea empuja a menudo a montar expediciones imposibles y a repetir una y otra vez las “entradas” en las selvas ignotas, a bajar a las gargantas o trepar los riscos de la cordillera y a cruzar los páramos y altiplanos en busca de espejismos que se van desvaneciendo ante esos cazadores de hechizos y fantasmas cuando creen estar a punto de alcanzarlos.

Que muchos de estos hombres no supieran leer o escribir no era óbice para que estuvieran impregnados de las fantasías caballerescas, pues estas ficciones, además de leerse, se escuchaban en las plazas y en las tabernas de media Europa leídas o narradas por los troveros y contadores ambulantes.

Según Irving el mito que más perturbaba al conquistador era la leyenda de las Amazonas, “las mujeres guerreras”, al extremo de que en los contratos de financiación de las expediciones de conquista se incluían cláusulas “requiriendo la búsqueda de estas mujeres mitológicas”⁴. Muchos cronistas, desde los diarios de Colón, pasando por Pedro Martín de Anglería, Oviedo, Herrera, y, por cierto, fray Gaspar de Carvajal, que acompañó a Orellana en su aventura amazónica, aseguran haber visto a las mitológicas mujeres que se cortaban un pecho para poder tirar mejor el arco, raptaban hombres para hacerse embarazar y luego los despachaban con los varones que parían, reteniendo sólo a las hembras para perpetuar el carácter exclusivamente femenino de la tribu. Fray Gaspar de Carvajal afirma que Orellana no sólo “vio” a las Amazonas sino que fue atacado en persona por quienes darían su nombre al gran río de las selvas sudamericanas. El mito de las Amazonas, uno de los más perseverantes durante los años coloniales, es mencionado por Cortés en una de sus cartas a Carlos V, dándole cuenta de los rumores de la existencia de tribus femeninas guerreras en la Nueva España. Según Irving, la leyenda de las Amazonas se había popularizado en la península gracias a una novela de la serie de los Amadises, las *Sergas de Esplandián*, en la que Calafia, la reina de las Amazonas, vive en una isla llamada California. Como la tierra de este nombre, muchas ciudades y lugares de América serían bautizadas con los

⁴ *Ibid*, p. 51. Cito siempre por esta edición.

apelativos de palacios y sitios tomados de la literatura caballeresca y de la mitología clásica. Leonard da muchos ejemplos de esa proclividad generalizada de los europeos de los primeros años coloniales por asociar América a los espejismos de la ficción.

El cronista Bernal Díaz del Castillo, en su *Verdadera historia de la Conquista de la Nueva España*, dice que la primera impresión que produjo a Cortés y a sus compañeros la visión de la capital azteca fue “que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadis”.

Un hermano de Santa Teresa, Agustín de Ahumada, desde Quito, el 25 de octubre de 1582, pide ayuda al virrey del Perú para organizar una expedición en busca de El Dorado, cuya pista dice haber encontrado. Llegar al Dorado, ciudad de oro y vertiginosas riquezas, es otro de los designios que persiguen las primeras oleadas de europeos que llegan a América y uno de los mayores incitadores de expediciones y búsquedas que, a menudo, terminan trágicamente, al igual que la del enloquecido Lope de Aguirre.

Otros míticos fuegos fatuos que encandilan a los conquistadores y los lanzan en temerarias aventuras son la Fuente de Juvencia (de la eterna juventud) y las Siete Ciudades de Cibola. El primer virrey de México, Antonio de Mendoza, recibió un informe de fray Marcos de Niza, recogido por éste entre “los indios pueblo”, sobre la existencia, próxima, de las siete ciudades legendarias. Debido a esta información, se organizó la expedición de Vázquez de Coronado que, dice Leonard, durante dos años buscó en vano “las famosas ciudades empedradas de esmeraldas”⁵. No las encontró, pero, en cambio, descubrió el gran cañón del Colorado.

El descubrimiento de América por los europeos se lleva a cabo bajo el imperio del mito y la ficción. Esto trazará poco menos que un destino para América Latina: ser vista o entendida por los europeos a menudo con los mismos ojos fantasiosos (para no decir fantásticos) con que la vieron los primeros

⁵ *Ibid*, p. 103.

navegantes que pisaron su suelo. Desde entonces, y a lo largo de su historia, Europa con frecuencia transferirá a América todas las utopías y frustraciones artísticas e ideológicas (también religiosas) nacidas en su seno y condenadas, allá, a vivir confinadas en los reinos de la fantasía y la ilusión. Recordemos que al final de *Los miserables* de Victor Hugo, el malo de la historia, el tabernero Thénardier parte a la América del Sur *du côté* de Panamá, exótico lugar donde los naturales tienden a vivir apelotonados todos en larguísimas viviendas y que aún hoy, en Francia, ha quedado la costumbre del siglo XVIII de exclamar *c'est n'est pas le Pérou!* (¡Esto no es el Perú!) para decir que algo no es tan opulento ni notable como las riquezas milyunanochescas de ese continente hechicero de allende los mares.

Esta contribución de América a la historia y la cultura de Occidente –haber servido de receptáculo a sus deseos y utopías, desagráviando a los europeos de las limitaciones que imponía a sus sueños e ideales la realidad real- no se suele casi mencionar entre la variada colección de aportes americanos a la vida, costumbres, ideas y creencias de la civilización occidental. Se reconocen muchos de ellos, desde los más terrenales, el maíz, la papa, el chocolate y los múltiples alimentos sin los cuales hubiera sufrido una considerable merma la dieta de países como Francia, Alemania, Irlanda, Suiza, Bélgica, Austria, y medicinales, por ejemplo el árbol de la quinua, cuyo producto farmacéutico, la quinina, contuvo drásticamente los estragos de la malaria, hasta un hecho cultural y geopolítico neurálgico: la idea de una historia realmente universal. El descubrimiento, colonización y articulación de América al resto del mundo inaugura un irreversible proceso de acercamiento e intercambios –violentos y pacíficos- que integraría lo que hasta entonces habían sido historias particulares de países, regiones y comunidades, en un proceso mundial, en el que todas las historias regionales no son más que las piezas de un único crucigrama en movimiento, deshaciéndose y rehaciéndose de manera perpetua. De la llegada de las tres frágiles carabelas a la isla de Guanahaní hasta la llamada globalización de nuestros días hay un lazo de unión que nunca se rompió, que, por el contrario, fue fortaleciéndose y creciendo, sobre todo para su bien, pero, a veces, también para su mal, hasta integrar a todos los pueblos del mundo en una sola vertiginosa y protoplasmática historia trabada de modo irrenunciable.

Pero, al igual que las lenguas, conocimientos, usos, costumbres y cocinas europeas, las formas artísticas y las ideas de la humanidad se enriquecieron con la articulación de América al resto del mundo a partir de 1492, conviene también destacar este curioso y sutil servicio que ha venido prestando América desde hace cinco siglos a la imaginación y a las frustraciones de europeos (a los que, en la época contemporánea, habría que añadir a muchos estadounidenses): materializar sus fantasías religiosas e ideológicas, encarnando los paraísos que anhelan o los infiernos que los espantan.

El Paraíso bíblico que el Licenciado Antonio León Pinelo situó en la Amazonía en el siglo XVII era religioso y pasadista. El paraíso que vio en América Latina en los años sesenta un joven y brillante *normalien* francés, discípulo del filósofo marxista Louis Althusser, era revolucionario, comunista y pertenecía a un futuro, que, según él, había comenzado a gestarse con la Revolución Cubana. Como las cosas pasan ahora tan rápido y ha corrido tanta agua bajo los puentes desde entonces, ya muchos han olvidado la repercusión que tuvo en el mundo entero el pequeño libro de Régis Debray, *¿Revolución en la revolución?* publicado en 1967, con la bendición de Fidel Castro, lanzado en un tiraje masivo por la Casa de las Américas de la Habana y que fue, durante buen tiempo, el catecismo teórico y práctico para los jóvenes que en distintos lugares del mundo, pero sobre todo en varios países de América Latina, trataron durante los sesenta y los setenta de reproducir la gesta revolucionaria de los barbudos cubanos.

A algunos hará sonreír que compare el librito de Debray con el adiposo mamotreto de León Pinelo. Pero la comparación no es arbitraria. Ambos libros, uno en el ámbito religioso y otro en el político e ideológico, desplazan hacia América Latina una utopía occidental y allí la encarnan. Para Debray la Revolución Cubana ha sacado a la luz una verdad que andaba extraviada en el dédalo de errores, concesiones, compromisos, desfallecimientos, prejuicios y traiciones que habían impedido el progreso de la marcha revolucionaria en la escena mundial: qué es y cómo se hace una revolución. Fidel, el Che y sus compañeros no sólo han recordado con su ejemplo que el primer deber de un revolucionario es “hacer la revolución”, algo que los comunistas aburguesados o sutilmente recuperados por el sistema, tendían a olvidar, sino, también, el método

correcto de ejecutar aquel ideal y convertirlo en historia viva. El libro pasa revista a todas las concepciones equivocadas, que han frustrado hasta ahora los intentos revolucionarios, el “economicismo” de los militantes que, como en la Bolivia del MNR (Movimiento Nacionalista Revolucionario) de Paz Estenssoro y de Lechín, cifraban la lucha sobre todo en el ámbito sindical, y el espontaneísmo y las tácticas del “doble poder” y la huelga general de los trotskistas, que se han soldado siempre por otras tantas derrotas populares ante los ejércitos burgueses. También, la función corruptora y aburguesante de las ciudades para los revolucionarios, comparada con el ambiente estimulante y purificador de la voluntad de acción y la moral revolucionaria del campo y la superioridad de la acción armada sobre el trabajo exclusivamente político.

La verdad revolucionaria la fueron descubriendo, por instinto, transparencia y espíritu pragmático, Fidel y los suyos, desde el asalto al Moncada y en los dos años en la Sierra Maestra. La teoría del “foco” guerrillero, vanguardia militar siempre móvil, que golpea y desaparece y que con sus operaciones de “propaganda armada” va corroyendo al enemigo y educando políticamente e incorporando a la lucha a campesinos y obreros, permite que, lo que en un principio parecía una quimera –el triunfo de un pequeño número de combatientes mal armados sobre un ejército poderoso, equipado hasta los dientes y apoyado por Estados Unidos- se concrete. Esta realidad ya es un hecho, existe como prueba histórica de la justeza del modelo teórico, representada por Cuba, donde, por fin, se va consumando “aquel asalto al cielo” que, según Marx, intentaron los parisinos durante los días de la Comuna. Leyendo aquel ensayo de Debray se tiene la impresión de que, a partir de la Revolución Cubana, la historia se ha escindido en un antes y un después, y que a partir de ella el avance del comunismo será sistemático e irreversible en el mundo entero.

Difícilmente el mito de Cuba, la primera sociedad en la que la libertad y el socialismo se confundían como las dos caras de la medalla, hubiera proliferado y durado tanto tiempo sin la leyenda utópica, tan reñida con la verdad histórica de lo que ocurría en la isla, que tejieron en torno a ella tantos europeos que, a la manera de Régis Debray, se empeñaron, de acuerdo a la tradición que arranca de los conquistadores y colonizadores, en ver en ella el paraíso. Debray no estuvo solo.

Sartre, recordemos, después de una visita oficial de pocos días a Cuba, escribió *Un huracán sobre el azúcar*, donde describía una isla en la que se practicaba “una democracia en acción”. Es verdad que casi medio siglo después de ocurrida, aquella revolución se ha despintado y perdido su relumbrón paradisíaco ante muchos europeos, incluido el propio Régis Debray, pero todavía hay quienes en el viejo continente se resisten a ver la realidad tal como es, y, a la manera de Ignacio Ramonet, director de *Le Monde Diplomatique* y chantre áulico de Fidel Castro –y del comandante Hugo Chávez-, siguen embelleciendo y promoviendo como ejemplar a una dictadura que ha ganado el dudoso honor de ser la más larga que haya conocido América Latina y que probablemente ninguno de ellos aceptaría en su propio país. Recordemos, por lo demás, que el propio Debray fue uno de los más entusiastas promotores del Sub-Comandante Marcos y sus zapatistas cuando el enmascarado revolucionario apareció en las selvas de Yucatán, a quien entronizó no sólo como el nuevo redentor social de América Latina sino, en razón de sus proclamas y comunicados a los medios –así lo dijo- el mejor prosista de la lengua castellana. ¿Habría sido semejante su entusiasmo si el Sub-Comandante Marcos hubiera intentado llevar a cabo su “revolución posmoderna” –como la llamó Carlos Fuentes- no en Yucatán sino en Bretaña o Auvernia?

Sobre esta paradoja polemiqué yo hace algunos años con Günther Grass, autor de algunas excelentes novelas como *El tambor de hojalata* pero bastante menos lúcido en sus recetas políticas para América Latina. ¿Por qué alguien como él, que, en Alemania, hacía campaña por la socialdemocracia y criticaba a los comunistas, pedía que los latinoamericanos siguiéramos el “ejemplo de Cuba”? ¿Por qué lo que es malo para los europeos es bueno para los latinoamericanos? Por una razón muy simple: porque para Günther Grass, Ignacio Ramonet y aquel Régis Debray de *¿Revolución en la revolución?*, como para don Antonio León Pinelo en el siglo XVII, América Latina, más que una realidad concreta es una realidad ficticia en la que vuelcan sus utopías fallidas y con la que se resarcan de sus decepciones políticas. Quienes proceden así, siguen actuando con nosotros con la mentalidad de los antiguos colonizadores, para quienes América Latina no era una realidad sino una ficción.

Afortunadamente no todos, ni siquiera la mayoría de los europeos o norteamericanos que se han interesado en América Latina, la irrealizan para que encaje mejor con sus ensueños políticos. Sería muy larga la lista de científicos, arqueólogos, antropólogos, historiadores, sociólogos y politólogos, para no mencionar a los numerosos artistas, poetas y escritores de Europa y Estados Unidos que han estudiado con devoción y objetividad la realidad latinoamericana, contribuyendo de manera decisiva a revelarla tal como es, o que, inspirados en ella, han producido creaciones literarias y artísticas tan hermosas como el *Nostromo* de Conrad o *Under the Volcano* de Malcolm Lowry. Pero, curiosamente, quienes más han influido en la imagen cultural, política y, llamémosla así, mitificada de América Latina, en el extranjero y en el propio continente americano, han sido aquellos que la idealizaron, embelleciéndola o afeándola en función de lo que Freud llamó el fenómeno de la transferencia psicoanalítica. Esta es la imagen de América Latina más divulgada internacionalmente por los medios y promovida sobre todo por la progresía intelectual del Occidente.

Sin embargo, sería un error creer que la mitificación religiosa o ideológica de América ha tenido siempre un cariz revolucionario e izquierdista. Entre las varias tentativas de europeos libertarios que vinieron a América Latina a fines del siglo XIX y comienzos del XX a construir sus pequeños paraísos utópicos, figuran intentos de fanáticos reaccionarios y racistas. Entre ellos, el que encabezaron Elizabeth Nietzsche, hermana del filósofo, y su marido Bernhard Förster, antisemitas y racistas que con cuarenta familias alemanas viajaron a Paraguay, a fundar la colonia de “Nueva Germania”, en San Bernardino, donde esperaban renovar la vitalidad del pueblo alemán empobrecida por las mezclas, creando una sociedad de arios puros. La siniestra aventura terminó, por fortuna, en un desastre. Todavía peor fue la tragedia de Jonestown; una secta evangelista de Indiana, encabezada por el reverendo Jim Jones y centenares de seguidores se trasladó a mediados del siglo XX a las selvas de la Guyana para fundar allí el Paraíso. Lo que construyeron en verdad fue un infierno de trabajo esclavo y tropelías sin fin hasta el pequeño holocausto de toda la comunidad en que más de 900 miembros de la secta perecieron envenenados o asesinados. Confundir la realidad con la ficción siempre ha generado consecuencias trágicas para la humanidad.

Encarnar la ficción para el “otro” ha tenido una curiosa derivación en América Latina: muchos latinoamericanos han adoptado esas imágenes retocadas, maquilladas y sutil o profundamente irrealizadas de sí mismos por la fantasía o la enajenación religiosa o ideológica occidental y, en vez de encarar su propia realidad, la han recreado de acuerdo a aquellos modelos y mitos importados. El resultado ha sido enormemente beneficioso para las letras y las artes latinoamericanas, a las que esta ficcionalización de la vida y la historia ha servido de aliciente y disparado la imaginación y el vuelo creativo de poetas, escritores y artistas en obras que muy pronto rompieron los condicionamientos provincianos y alcanzaron un horizonte universal. Desde el Inca Garcilaso de la Vega y Sor Juana Inés de la Cruz hasta los poemas de Vallejo, Neruda, Octavio Paz, nuestra literatura, al igual que otros géneros creativos, ha edificado una América Latina de ficción que está a la altura de aquel mítico paradigma que vieron en ella los primeros europeos que desembarcaron aquí. En el campo político, en cambio, en el que, a diferencia de lo que ocurre en el dominio artístico y literario, conviene discernir con claridad lo que separa a la realidad de la ficción, esta tendencia ha resultado más bien perjudicial y en ocasiones catastrófica.

Quisiera examinar a este respecto un texto tan hermoso como falaz de uno de los más grandes novelistas de nuestra lengua, el cubano Alejo Carpentier. Me refiero al prólogo que escribió para su primera obra maestra, la ceñida, astuta y perfecta transfiguración narrativa de los primeros tiempos de la independencia de Haití y la vida y milagros del gobierno haitiano de Henri Christophe, *El reino de este mundo* (1949). En este breve y fascinante texto Carpentier describe cómo, en un viaje que hizo en 1943 a Haití, paseando por las ruinas de Sans-Souci, la Ciudadela la Ferrière y la Ciudad del Cabo (el antiguo Cap-Français) había descubierto que ese “real maravilloso” que con tanto tesón se empeñaban en fabricar en Europa poetas y pintores, sobre todo surrealistas, era en Haití, y en toda nuestra América, realidad cotidiana, historia vivida. “A cada paso –dice- hallaba lo real maravilloso”. Aquí, lo real maravilloso no era “artimaña literaria” ni “trucos de prestidigitación” con los que los europeos hacía treinta años trataban de “suscitar lo maravilloso”. En cambio, la maravilla y el milagro eran “el patrimonio de América entera”, una tierra donde el mito no se había congelado en las bibliotecas sino palpitaba, en sus plazas y aldeas, en sus danzas y en su música

impregnadas de magia, y, sobre todo en sus seres humanos y en su acontecer social. El bello texto termina con esta dramática exclamación: “¿Pero qué es la historia de América toda sino una crónica de lo real maravilloso?”.

Esa América Latina real maravillosa es, en efecto, la que muestran muchas obras de nuestra mejor literatura, como las novelas y los cuentos de Juan Rulfo y de García Márquez, de Jorge Luis Borges, de Julio Cortázar y del propio Alejo Carpentier, y la de pintores no menos notables como Wilfredo Lam, Rufino Tamayo, Matta, Frida Kahlo, Cuevas, Szyszlo, Fernando Botero y la que merodea, asimismo, dejando huellas llamativas y un aura peculiar de desalada fantasía, por buena parte de las artes populares, el folklore, la artesanía y la poesía latinoamericana y desde luego la música. Pero, ni qué decir tiene que semejante seductora lectura de nuestra realidad pierde toda su fuerza persuasiva cuando se desprende de la ficción y de las artes y se coteja con la realidad histórica, social, económica y cultural del continente a la que, al igual que en Europa y en cualquier otra parte del mundo, sólo se la puede entender de veras, en lo que realmente es, no con metáforas poéticas ni alegorías sino con la observación racional y el análisis objetivo y científico. Observada de ese modo, sin los anteojos deformantes de la mitología y la utopía, América Latina no es ni el paraíso ni el infierno, aunque para millones de sus pobres y marginados esté más cerca de lo segundo que de lo primero. Es, pura y simplemente, un continente que todavía no acaba de superar los obstáculos básicos que impiden el desarrollo o lo deforman y que, a diferencia de lo que ocurre ya por suerte en toda Norteamérica, en casi toda Europa y buena parte del Asia y Oceanía, no acaba todavía de asumirse como lo que es, prefiriendo, a la manera de quienes todavía quisieran encontrar en ella las Siete Ciudades de Cíbola, la Fuente de Juvencia y el Paraíso de León Pinelo, las visiones de lo real maravilloso a la escueta realidad.

Tratemos de acercarnos, haciendo un esfuerzo constante de racionalidad –y a sabiendas de que es muy difícil, pues todos los latinoamericanos, querámoslo o no, estamos infectados de mitología y utopismo- a la realidad de América Latina que yace debajo de la deslumbrante fosforescencia de imágenes, hechiceras u horrendas, con que la ideología, la religión y la literatura han revestido a América Latina.

Comencemos por una pregunta muy simple y que a lo largo de nuestra historia ha tenido respuestas contradictorias. ¿Qué significa sentirse latinoamericano? Ante todo, significa sentirse, por encima de sus fronteras nacionales, parte activa de una comunidad transnacional. Tener conciencia de que las demarcaciones territoriales que dividen a nuestros países son artificiales, impuestas de manera arbitraria en los años coloniales y que los líderes de la emancipación y los gobiernos republicanos en vez de reparar, legitimaron y a veces agravaron, dividiendo y aislando a sociedades en las que el denominador común era más profundo que las diferencias particulares. Esta balcanización de América Latina, a diferencia de lo que ocurrió en América del Norte, donde las trece colonias se unieron y su unión disparó el despegue de los Estados Unidos, ha sido uno de los factores conspicuos de nuestro subdesarrollo, pues estimuló los nacionalismos, las guerras y conflictos en que los países latinoamericanos se han desangrado, malgastando ingentes recursos que hubieran podido servir para su modernización y progreso. Sólo en el campo de la cultura la integración latinoamericana ha llegado a ser algo real, producto de la experiencia y la necesidad –todos quienes escriben, componen, pintan y realizan cualquier otra tarea creativa descubren que lo que los une es más importante que lo que los separa de los demás latinoamericanos-, en tanto que en otros dominios, la política y la economía sobre todo, los intentos de unificar acciones gubernativas y mercados se han visto siempre frenados por los reflejos nacionalistas, muy enraizados en el continente: es la razón por la que todos los organismos concebidos para unir a la región nunca han prosperado.

Las fronteras nacionales no señalan las verdaderas diferencias que existen en América Latina. Ellas se dan en el seno de cada país y de manera transversal, englobando regiones y grupos de países. Hay una América Latina occidentalizada, que habla en español, portugués e inglés (en el Caribe y en Centroamérica) y es católica, protestante, atea o agnóstica, y una América Latina indígena, que, en países como México, Guatemala, Ecuador, Perú y Bolivia consta de millones de personas, y que conserva instituciones, prácticas y creencias de raíz prehispánica. Pero, contra lo que pretende hacer creer otro estereotipo tenaz, la América indígena no es homogénea, sino otro archipiélago y experimenta distintos niveles

de modernización. En tanto que algunas lenguas y tradiciones son patrimonio de vastos conglomerados sociales, como el quechua y el aymara, otras, como las culturas amazónicas, sobreviven en comunidades pequeñas, a veces de apenas un puñado de familias. Son éstas últimas las que están amenazadas de aniquilación.

El mestizaje, por fortuna, está muy extendido y tiende puentes, acerca y va fundiendo a estos dos mundos. En algunos países, como en México, ha integrado cultural y racialmente a la mayoría de la sociedad –es el mejor logro de la revolución mexicana-, dejando convertidos en minorías a aquellos dos extremos étnicos. Esta integración es menos dinámica en el resto de los países, pero continúa ocurriendo y, a la larga, terminará dando a América Latina el perfil distintivo de un continente mestizo. Aunque, esperemos, sin uniformarla totalmente y privarla de matices, algo que no parece posible en el siglo de la globalización y la interdependencia entre naciones. Lo indispensable es que, más pronto que tarde, gracias a la democracia –la libertad y la legalidad conjugadas- todos los latinoamericanos, con prescindencia de raza, lengua, religión y cultura, sean iguales ante la ley, disfruten de los mismos derechos y oportunidades y coexistan en la diversidad sin verse discriminados ni excluidos. América Latina no puede renunciar a su diversidad cultural que hace de ella un prototipo del mundo.

El mestizaje no hay que entenderlo exclusivamente como una alianza de lo indio y lo español o portugués, aunque, naturalmente, éstos sean los componentes étnicos y culturales más importantes de la realidad latinoamericana. Pero es también significativo, y, en países de la cuenca del Caribe y ciertas regiones del Brasil, esencial, el aporte africano, que llegó a América al mismo tiempo que los conquistadores y que ha dejado en todas las manifestaciones del arte y la cultura –sobre todo en la música- una huella sustancial. Asimismo el Asia está presente en la vida del continente desde la época colonial y una exposición reciente ha documentado con magníficos ejemplos la manera como las técnicas y realizaciones de la plástica y las artes decorativas del Extremo Oriente llegaron a nuestras tierras y fueron asimiladas por los artistas y artesanos nativos. Cuando comienza a escharbarse en el pasado latinoamericano sin prejuicios ni *parti pris* se descubre que nuestras raíces culturales se propagan por todos los confines del mundo.

Pese a ello, una de las manías recurrentes de la cultura latinoamericana ha sido la de definir su identidad. A mi juicio, se trata de una pretensión inútil, peligrosa e imposible, pues la identidad es algo que tienen los individuos, no las colectividades una vez que superan los condicionamientos tribales. Únicamente en las comunidades más primitivas, donde el individuo sólo existe como una parte de la tribu, tiene razón de ser la idea de una identidad colectiva. Allí, sí, porque el individuo aislado no podría sobrevivir en un mundo del que lo ignora todo y donde se halla inerme, desvalido, frente a la fiera, el trueno y la miríada de misterios y enemigos que lo rodean. Pero, justamente, lo que llamamos civilización es ese largo proceso, que la gran mayoría de latinoamericanos ya ha vivido, en que, a medida que progresa y va dominando la naturaleza y emancipándose de los incubos y súcubos de la ignorancia, el prejuicio y la irracionalidad mágica, y conquistando la racionalidad, el individuo va naciendo, separándose de la placenta tribal y adquiriendo soberanía, una personalidad propia, eligiéndose cada vez con mayor libertad, es decir distinguiéndose de los otros, como una criatura soberana. Ser parte de una comunidad es un dato fundamental en los destinos individuales, desde luego. Pero, precisamente, la civilización permite al individuo serlo al mismo tiempo de muchas a la vez, de acuerdo a su propia tradición, circunstancia, vocación y libre albedrío: la nación es sólo una de ellas, y, para muchos, menos decisiva que otras, como la lengua, la religión, la familia, el grupo étnico, la profesión, la ideología política o la orientación sexual. Una sociedad moderna está compuesta de ciudadanos libres, es decir diferentes entre sí, que pueden manifestar y enorgullecerse de sus diferencias y singularidades frente a los otros, sin que ello adelgace o suprima la solidaridad del conjunto. Por el contrario, este espíritu solidario es tanto más profundo cuanto nace de una libre elección, de una valoración racional del privilegio que significa ser parte de una comunidad donde, a diferencia de la tribu, se puede ser diferente sin ser excluido ni discriminado, donde cada cual puede inventarse a sí mismo creando su propia identidad, una identidad libremente decidida mediante elecciones cotidianas, no impuestas como una camisa de fuerza por la colectividad. En América Latina quedan todavía algunas comunidades tribales, sumidas en lo gregario y en esa realidad mágico-religiosa cara a Carpentier, pero la gran mayoría de sociedades latinoamericanas dejó ya atrás ese estadio primitivo y arcaico. Pese a ello, la mentalidad tribal y la tentación colectivista de desaparecer al individuo dentro de una colectividad

supuestamente homogénea e idéntica están lejos de haber sido superadas. Ellas retornan, de manera cíclica, como amenazas constantes a nuestra modernización y a que América Latina asuma, con todas sus consecuencias, la cultura de la libertad.

Al igual que en otras partes del mundo, este afán por determinar la especificidad histórico-social o metafísica de un conjunto gregario ha hecho correr océanos de tinta en América Latina y generado feroces diatribas e interminables polémicas. La más célebre y prolongada de todas enfrentó a hispanistas, para quienes la verdadera historia de América Latina comenzó con la llegada de españoles y portugueses y el engranaje del continente con el mundo occidental, e indigenistas, para quienes la genuina realidad de América está en las civilizaciones prehispánicas y en sus descendientes, los pueblos indígenas, y no en los herederos contemporáneos de los conquistadores, que todavía hoy marginan y explotan a aquéllos.

Aunque apagada por largos periodos, esta visión esquizofrénica y racista de lo que es América Latina nunca ha desaparecido del todo. De tiempo en tiempo, reflota, en el campo político, porque, como todas las simplificaciones maniqueas, permite a los demagogos agitar las pasiones colectivas y dar respuestas superficiales y esquemáticas a problemas complejos. Lo hemos visto recientemente con la subida al poder, en Bolivia, del presidente Evo Morales, a quien la prensa europea y norteamericana buscadora de mitos, se ha apresurado a presentar como el primer indio que llega a ocupar tan alto sitio político en el país del Altiplano. Se trata de una inexactitud flagrante y para verificarlo basta hojear el admirable ensayo del ensayista e historiador boliviano Alcides Arguedas sobre *Los caudillos bárbaros*, una colección considerable de espadones y hombres fuertes y tiranuelos, entre los que había varios indios aymaras y quechuas, que ocuparon –a sangre y fuego– la jefatura del Estado boliviano. Pero, a diferencia de Evo Morales, claro está, no eran revolucionarios ni utilizaban la retórica de la guerra de clases y la todavía más peligrosa de la guerra de razas que, en la actualidad, cierta progresía irresponsable utiliza con fines de agitación y propaganda. Plantear el problema de Bolivia, o de cualquier país latinoamericano, en términos raciales es propiciar la confusión y falsear la realidad. Es verdad que existen entre nosotros estúpidos prejuicios que discriminan al indio, al cholo, al negro, al asiático, y, viceversa,

prejuicios equivalentes en la dirección opuesta, como, por desgracia, en casi todos los lugares del orbe. Estos prejuicios irán languideciendo con la educación y la cultura cuando se hayan resuelto los problemas básicos, que son económicos y sociales, que enfrentan a privilegiados de todas las razas a discriminados y explotados, también de todas las razas, por la existencia de un sistema injusto, sin igualdad de oportunidades, y donde ciertas minorías influyentes y con poder político monopolizan la creación de la riqueza y mantienen a la mayoría de la sociedad discriminada y marginada. Este no es un problema racial, sino económico y político, y en última instancia cultural. América Latina es a la vez española, portuguesa, india, africana, asiática y varias realidades más. Cualquier empeño por fijar una identidad única a América Latina practica una cirugía discriminatoria que excluye y abole a millones de latinoamericanos y a muchas formas y manifestaciones de su frondosa variedad cultural y étnica.

La riqueza de América Latina está en ser muchas cosas a la vez, tantas que hacen de ella un microcosmos en el que cohabitan casi todas las razas y culturas del mundo. A cinco siglos de la llegada de los europeos a sus playas, cordilleras y selvas, los latinoamericanos de origen español, portugués, italiano, alemán, africano, chino o japonés, son tan oriundos del continente como los que tienen sus ancestros en los antiguos aztecas, toltecas, mayas, quechuas, aymaras o caribes. Y la marca que han dejado los africanos en el continente, en el que llevan también cinco siglos, está presente por doquier: en los tipos humanos, en el habla, en la música, en la comida y hasta en ciertas maneras de practicar la religión. No es exagerado decir que no hay tradición, cultura, lengua y raza que no haya aportado algo a ese fosforescente vórtice de mezclas y alianzas que se dan en todos los órdenes de la vida en América Latina. Esta amalgama es nuestro mejor patrimonio. Ser un continente que carece de una identidad porque las tiene todas. Y porque, gracias a sus creadores, se sigue transformando cada día.

Quizás no haya demostración más persuasiva de esta condición singular que es la nuestra que la exposición “Revelaciones. Las artes en América Latina 1492-1820” que se presentó en el Antiguo Colegio de San Ildefonso, en México en abril de 2007. La muestra exhibe una vasta colección, de absorbente belleza y diversidad, de las artes y artesanías que produjo el continente en los tres siglos que

median desde la llegada a estas tierras de españoles y portugueses hasta el período en que las colonias hispano y luso-americanas se convierten en repúblicas independientes.

Esta depurada selección de lo mejor que crearon nuestros antecesores en los campos de la arquitectura, la pintura, la escultura, la orfebrería, la textilera, la decoración y todas las artes aplicadas en los tres y pico de siglos en que América Latina formó parte de los imperios portugués y español, pone de manifiesto que el calificativo de arte “colonial” sólo es exacto en un sentido histórico y político, pero inapropiado para definir sus logros, formas y contenidos. Desde los albores de la incorporación del nuevo continente a la cultura occidental, este arte denota cierta singularidad, va tomando distancia con los modelos y motivos europeos que, en la superficie cuando menos, lo inspiraban. No podía ser de otra manera. Los descubridores y conquistadores no llegaron a una tierra virgen, sino a un continente de culturas y civilizaciones que habían alcanzado, a lo largo de muchos siglos, un elevado nivel de refinamiento en sus usos y creencias y en sus sistemas de organización social. Quienes pintaban, esculpían, tallaban y trabajaban las plumas, los metales o tejían los mantos y erigían los templos, altares y púlpitos eran, en su mayoría, descendientes de esas civilizaciones y culturas que, con la llegada de los europeos, fueron destruidas y sojuzgadas, pero no desaparecidas. Desde la sombra, perduraron y siguieron operando en el espíritu de los creadores y artesanos. El sistema colonial impuso nuevas creencias y modos de comportamiento, cambió las apariencias pero no las almas, aquella intimidad donde se refugiaron los antiguos dioses, hábitos, devociones y mitologías que, incluso a pesar de los artistas mismos, comenzaron a impregnar subrepticamente las manifestaciones del arte americano “colonial”, imprimiéndole matices propios, que, sin romper con los prototipos traídos por el colonizador, los iría renovando con añadidos o alteraciones afines a la idiosincrasia nativa. Las fachadas de las iglesias, sus altares, púlpitos, retablos, sus frescos y esculturas se irían sutilmente americanizando, con una erupción incontenible de flores y frutos oriundos, las vírgenes y los ángeles acriollándose o indianizándose, en la piel, en los rasgos faciales y corporales, en las vestimentas, en los colores y paisajes, el desbarajuste de la perspectiva y el sincretismo de lo cristiano y las religiones abolidas.

Sería un error atribuir este mestizaje exclusivamente a los artistas e imagineros indígenas. Los europeos transplantados a las colonias americanas se acriollaron muy pronto: una de las revelaciones más elocuente de la exposición mencionada es, justamente, descubrir la rápida, aunque seguramente involuntaria, “americanización” del arte europeo que empieza a surgir en América hispana y lusa desde el siglo XVII hasta afirmarse de manera flagrante en el XVIII. Aunque los americanos tardarían todavía siglo o siglo y medio en extrapolar aquello al ámbito político y soñar con la emancipación, cuando pintaban, componían, esculpían o escribían, los europeos de América habían dejado de serlo y eran ya, en más de un sentido, criollos, es decir hispano o luso-americanos, en sus obras, aunque la noción aún no existiera o fuera todavía nebulosa. Desde el punto de vista cultural y artístico el proceso de emancipación de América Latina comienza, discretamente al principio pero de manera cada vez más notoria con el paso del tiempo, con la misma vida colonial.

Aunque no suele abordarse de manera explícita, un asunto merodea por todos los vericuetos de la cultura latinoamericana: la abismal contradicción que existe entre su realidad social y política y su producción literaria y artística. El mismo continente que, por sus diferencias de ingreso entre pobres y ricos, sus niveles de marginación, desempleo y pobreza, la corrupción que socava sus instituciones, sus gobiernos dictatoriales y populistas, los niveles de analfabetismo, sus índices de criminalidad y narcotráfico y el éxodo de sus pobladores, es la encarnación misma del subdesarrollo, detenta, desde antes de la colonia, un alto coeficiente de originalidad literaria y artística. En el campo de la cultura sólo se puede hablar de subdesarrollo en América Latina en su vertiente sociológica: la pequeñez del mercado cultural, lo poco que se lee, el ámbito restringido de las actividades artísticas. Pero, en lo tocante a la producción, ni sus escritores, ni sus cineastas, ni sus pintores, ni sus músicos (que hacen bailar al mundo entero) podrían ser llamados subdesarrollados. Tampoco lo fueron en su tiempo los artistas que levantaron la ciudadela de Machu Picchu, las pirámides mayas o la ciudad lacustre de Anáhuac. Algunos de ellos podrían paragonarse con los más originales creadores de Occidente. En sus mejores exponentes, el arte y la literatura de América dejó siglos atrás lo pintoresco y lo folclórico y alcanzó unos

niveles de elaboración y de originalidad que les garantizaban una audiencia universal.

¿Cómo explicar esta paradoja? Por los grandes contrastes de la realidad de América Latina, donde no sólo conviven todas las geografías, las etnias, las religiones y las costumbres, sino también todas las épocas históricas, como lo fantaseó Alejo Carpentier en *Los pasos perdidos*, ese viaje novelesco en el espacio de la urbe industrial más moderna a la vida rural más primitiva que es a la vez un viaje en el tiempo. En tanto que las elites culturales se modernizaban y abrían al mundo y se renovaban gracias a un cotejo constante con los grandes centros de pensamiento y creación cultural de la vida contemporánea, la vida política, con pocas excepciones, permanecía anclada en un pasado de caudillos y camarillas que ejercitaban el despotismo, saqueaban los recursos públicos, y mantenían la vida económica congelada en el feudalismo y el mercantilismo. Un divorcio se produjo: en tanto que los reductos de la vida cultural –espacios de libertad librados a su suerte por un poder político generalmente desdeñoso de la cultura- se hallaban en contacto con la modernidad y evolucionaban y salían de ellos escritores y artistas de alto nivel, el resto de la sociedad permanecía poco menos que inmovilizada en un anacronismo autodestructor.

No se puede entender América Latina sin salir de su espacio y observarla con los ojos y, también, los mitos y estereotipos que se han elaborado sobre ella en el extranjero, porque esa dimensión mítica es inseparable de la realidad histórica de una comunidad, y, asimismo, porque, ya lo hemos visto, muchos de esos mitos y estereotipos América Latina los ha hecho suyos y metabolizado, empeñándose a menudo en ser lo que, por razones ideológicas y folclóricas, muchos europeos y norteamericanos decían que era y querían que fuera. Uno de esos mitos atribuye a América Latina una unidad que no tiene –la de la homogeneidad cultural- e ignora su dispersión o variedad sobre la que, precisamente, se asienta su denominador común: que en América Latina conviven épocas históricas y culturas distintas. Arturo Uslar Pietri explicó, hace ya bastantes años, en un lúcido ensayo, que era en este sentido que había que entender a la literatura latinoamericana como “mestiza”: porque en ella se expresaba un mundo poliédrico, de tradiciones, usos, creencias, culturas y niveles de evolución distintos y a veces radicalmente antagónicos.

Esta interrogación ha sido objeto de apasionadas querellas (y lo sigue siendo todavía): ¿forma parte América Latina de Occidente, culturalmente hablando, o es algo esencialmente distinto, como lo serían China, la India o el Japón? En mi opinión, América Latina es una prolongación ultramarina de Occidente, que, desde la colonia, ha adquirido perfiles propios, los que, sin desgajarla del tronco común, le dan una personalidad diferenciada. Ahora bien: ésta es una opinión lejos de ser compartida por todos los latinoamericanos. A menudo es rebatida con el argumento de que, si lo fuera, América Latina sería apenas, en su cultura y en su arte, un epígono, una derivación ancilar de Europa.

Quienes piensan así son, a veces sin advertirlo, nacionalistas convencidos de que cada pueblo o nación tiene una configuración anímica y metafísica única, de la que su cultura es expresión. No es así. Culturalmente hablando, América Latina es tantas cosas disímiles que sólo fragmentándola y excluyendo buena parte de esos fragmentos que componen su realidad, se podría determinar un rasgo específico válido para todo el continente que, desde la llegada a sus playas de las tres carabelas de Colón, articuló su historia con la del resto del mundo. Lo diverso, compatible en su caso con una unidad subterránea, que es su condición característica, resulta en buena parte consecuencia de las fuentes occidentales que la nutren. Por eso, los latinoamericanos se expresan sobre todo en español, inglés, portugués y francés. Por eso son católicos, protestantes, ateos o agnósticos. Y los que son ateos o agnósticos los son a la manera que aprendieron de Occidente, igual que sus reaccionarios y sus revolucionarios, sus demócratas y sus liberales, sus artistas tradicionales o vanguardistas, románticos, clásicos o posmodernos. Ahora bien, en sus momentos más creativos, los latinoamericanos no fueron nunca un mero “calco y copia” de lo que tomaban de la cultura occidental. La frase es de José Carlos Mariátegui, uno de los escasísimos marxistas latinoamericanos que no se limitó a repetir como un ventrílocuo a los marxistas europeos en cuyas páginas se formó, sino utilizó aquellas lecciones para hacer un análisis original, aunque no siempre acertado, de la problemática social y económica de su país, el Perú.

Otro ejemplo interesante de lo mismo es Euclides da Cunha, el escritor brasileño que en *Os sertões* escudriñó lo ocurrido en la guerra de Canudos, en el

nordeste brasileño, a fines del siglo XIX, valiéndose de todas las teorías sociológicas y filosóficas imperantes en la Europa de su tiempo. El resultado de su investigación fue exactamente la contraria a la que había previsto: en vez de desentrañar el sentido profundo de aquella guerra desatada por un movimiento mesiánico, quedó patente que aquellos esquemas conceptuales europeos eran insuficientes para explicar el conflicto, nacido precisamente a raíz de una distorsión profunda de ciertos valores y doctrinas religiosas que, en el mundo primitivo de Bahía, se transformaron en sus antípodas.

Mariátegui y Da Cunha son dos casos, entre muchos, de la manera como América Latina, partiendo de fuentes europeas, encontró una música propia, que la distingue, sin enemistarla, de las voces del viejo mundo. Las hazañas artísticas que los grandes creadores latinoamericanos han llevado a cabo hubieran sido imposibles sin la destreza y el dominio de unas técnicas que supieron aclimatar a su propia circunstancia. ¿No es esto el rasgo más valioso de lo que llamamos cultura occidental? La perpetua renovación de las formas y de las ideas, en función de la crítica y la autocrítica. La constante asimilación de valores y principios importados que enriquecen los propios. Todo ello dentro de una coexistencia de las diferencias que sólo hacen posible la libertad, el espíritu crítico y la vocación de universalidad.

Quienes más se han empeñado en alejar a América Latina de Occidente, han sido aquellos escritores, pensadores o artistas occidentales que, decepcionados de su propia cultura, salen en busca de otras que puedan satisfacer mejor sus apetitos de exotismo, primitivismo, magia, irracionalidad y de la inocencia del buen salvaje rousseauniano, y han hecho de América Latina la meta de sus utopías. Esto ha dado excelentes frutos literarios, ya lo hemos visto. Pero ha frenado nuestro desarrollo, retrasándonos respecto a otras regiones del mundo. Debemos rechazar a aquellos amantes de cataclismos para los que América Latina no parece tener otra razón de ser que servir de escenario a las fantasías románticas que el espacio europeo, con sus aburridas democracias, ya no tolera en su seno. Y, sobre todo, dejar de esforzarnos por representar aquellas ficciones que inventan para nosotros ciertos europeos y norteamericanos desencantados de la mediocre democracia e impacientes por vivir aquellas emociones fuertes de la aventura revolucionaria,

que, creen, América Latina todavía puede ofrecerles. Que la utopía se confine en nuestra literatura y nuestras artes o en nuestras vidas privadas, donde es siempre estimulante y provechosa. La vocación utópica ha impregnado el arte americano y ha hecho de él, un arte ambicioso, audaz, libre y sin orejeras, que ha dejado una huella importante en la cultura de nuestro tiempo. Pero no debe salir de ese ámbito y precipitarse en lo político y social donde sólo la visión realista, el pragmatismo de lo posible en un marco de coexistencia, legalidad y libertad, trae progreso y prosperidad.

Lo que ahora necesitamos es que América Latina lleve a cabo en el ámbito político y social las mismas proezas que sus creadores han realizado en el dominio de la literatura, la plástica, la música y el cine. Para ello se necesita menos delirio y más sensatez y racionalidad. Renunciar a lo imposible y a los cantos de sirena de la irrealidad, provechosos y succulentos para los constructores de ficciones, pero nefastos a quienes quieren abocarse a la dura tarea de derrotar la ignorancia, el hambre, la explotación y la pobreza, creando un mundo sin despotismo, de justicia y libertad, con igualdad de oportunidades para todos, donde la felicidad no sólo se alcance cerrando los ojos a la realidad circundante y refugiándose en el sueño y la ficción, sino, también, a veces, en la vida de verdad.